

Lógicas para una cartografía de la calidad espacial urbana

Jorge Pokropek (*)

Resumen: Establecer lógicas para una cartografía de la calidad espacial urbana implica un necesario esfuerzo por explicitar una serie o conjunto de argumentos que permitan alumbrar criterios orientados a la evaluación crítica de los entornos urbanos existentes, mediante categorías analíticas que desoculten o revelen sus rasgos protagónicos, persiguiendo, luego, la configuración racional de estrategias tendientes a proponer posibles mejoras en el entorno dado, así como determinar enfoques proyectuales que permitan prefigurar nuevos entornos dentro de los, ahora, explícitos parámetros formales que operan como requisitos de presencia ineludible para obtener una alta calidad espacial que redunde en la optimización y renovación crítica de las prácticas sociales mediante el estímulo de experiencias estéticas más intensas y gratificantes, buscando, así, favorecer las condiciones para el deseado habitar poético, que pretendía Heidegger.

Un deseado habitar poético en el que los habitantes de los entornos urbanos puedan encontrar los requisitos existenciales para desarrollar una vida espiritualmente profunda, socialmente solidaria y estimulante, donde los valores y conductas de las instituciones democráticas, expresados en las formas del entorno, se internalicen positivamente en los individuos, gracias a las leyes de empatía entre formas y usuarios. Como decía Louis Kahn: *...el muro que construyo me construye.*

Es necesario, entonces, saber diseñar un habitar poético, solidario, pleno de belleza y sentido.

Palabras clave: ciudad – morfología urbana – espacialidad urbana – calidad del espacio público

[Resúmenes en inglés y portugués en la página 104]

(*) Ver CV de Jorge Pokropek en página 105

Consideraciones Previas

Advirtamos ahora que este breve artículo pretende establecer algunos aportes al conjunto de conocimientos académicos reunidos y producidos dentro de los territorios de investigación correspondientes al concepto de **morfología urbana**.

La noción de morfología urbana admite diversas definiciones según los variados enfoques clasificatorios que convoquen sus términos. Por un lado, como ya se señaló, es un territorio de investigación disciplinar que reúne y produce conocimientos sobre las lógicas que rigen la configuración y articulación de las formas que determinan la espacialidad urbana habitable, entendida, en términos genéricos, como la ciudad. La noción universal de ciudad subyace en las múltiples, y muy diversas, ciudades distribuidas en el mundo. El análisis riguroso de sus formas configurantes permite entender y explicitar las diversas causas de su gestación y desarrollo, con el objetivo de poder incidir en sus mejoras posibles. Evidentemente, la morfología urbana, entendida como un territorio disciplinar de producción de conocimientos sobre la ciudad, se conecta, de un modo obvio y necesario, con los territorios adyacentes de la morfologías arquitectónicas y entitativas. Todas las formas, en general, y los artefactos diseñados, en particular, son los protagónicos objetos de análisis de las diversas áreas de la investigación morfológica. En todos los países, la enseñanza de los procesos proyectuales, y sus lógicas inherentes, se apoyan en los instrumentos conceptuales emergentes de la **morfología**, razón por la cual, en algunos planes de estudio coherentes, se han deslindado en asignaturas de apoyo directo a aquellas destinadas a la enseñanza del **proyecto**, estableciendo un fuerte y necesario vínculo de interdependencia positiva. Debe quedar claro que la enseñanza del **proyecto** implica aprender a desarrollar una práctica productora de formas racionales y necesarias para mejorar la calidad de vida de sus usuarios.

En Argentina, por ejemplo, la secuencia didáctica para la instrumentación de estrategias proyectuales comienza con **morfología general o entitativa**, válida para todos los productores de forma, ya sean diseñadores industriales, gráficos, indumentales, de imagen y sonido, o arquitectos. Específicamente, en la carrera de **arquitectura**, luego de **morfología entitativa**, y sobre su base conceptual, se profundizan los estudios con **morfología arquitectónica**, lógicamente sucedida, en la currícula, por **morfología urbana**.

Es obvio que este deslinde en tres asignaturas sucesivas, con enfoques de investigación e instrumentación específicos, no pueden ni deben impedir la clara percepción de las fuertes relaciones de interdependencia entre las tres áreas, ya que los conceptos básicos que inciden en la determinación de lógicas proyectuales eficaces, actúan siempre sobre la plenitud del universo de configuración formal.

Las explicaciones previas nos permiten ahora señalar que, más allá de los aportes a las investigaciones en **morfología urbana**, entendida como disciplina académica, también aquí pretendemos proponer un modo didáctico de acceder a una construcción de conocimiento sobre las lógicas de configuración formal que determinan la mayor o menor **calidad espacial** de los entornos urbanos, explicitando este gradiente valorativo mediante una **cartografía** emergente de un riguroso proceso analítico previo. Recordemos que la noción de **cartografía** alude a la ciencia, arte y técnica de elaborar mapas o esquemas gráficos

de un territorio, físico o conceptual, para poder entender la lógica que rige la relación y distribución de sus partes, deslindables analíticamente. Advirtamos que esta **cartografía** propuesta operaría como síntesis conceptual del conocimiento adquirido en las investigaciones sobre las formas urbanas, ya que su producción eficaz implica, necesariamente, la comprensión de las relaciones profundas entre las formas y los modos en los que estimulan reacciones humanas conducto-emocionales. La elaboración de esta **cartografía de calidades espaciales urbanas**, por otra parte, es el paso previo para poder sostener los argumentos válidos que puedan guiar operaciones proyectuales de rediseño o prefiguración que incrementen, o propongan, mejores calidades espaciales.

Insistimos en señalar que su confección sólo es posible luego de un minucioso análisis morfológico del recorte urbano elegido para ser intervenido, pero, hacemos hincapié, en que el rigor de estos análisis previos y necesarios para un diagnóstico inicial sobre las características de lo dado produce, en general, un tipo de conocimiento básicamente acrítico. Decir que algo es cuadrado, o rectangular, aun cuando sea cierto, no explicita que estos rasgos tiendan a estimular respuestas conducto-emocionales gratificantes, o repugnantes. Y ese, en rigor, es el conocimiento profundo, y útil, que estamos buscando, para poder mejorar el diseño urbano.

Establecer, entonces, las lógicas inherentes a la relación entre las formas configurantes y las respuestas humanas que configuran, es el paso decisivo para justificar todo el proceso analítico.

Observemos, ahora, que la capacidad para establecer una **cartografía de las calidades espaciales urbanas**, trasciende intencionadamente los límites del claustro universitario, pues pretende ser útil a los profesionales en actividad, que actúan, día a día, **haciendo ciudad**.

La calidad espacial urbana. Requisitos formales y lógicas de relación

Todos los habitantes del mundo vivimos o conocemos alguna ciudad. También, todos los habitantes del mundo habitamos, o deseamos habitar, en **formas arquitectónicas**.

Y estas experiencias existenciales de habitar **formas arquitectónicas**, más o menos gratificantes, se contrastan y complementan con las experiencias que la **ciudad** nos proporciona. Dada nuestra común condición biológica de **animales ópticos y depredadores natos**, todos los humanos establecemos las mismas interpretaciones filogenéticas, universales o naturales, frente a ciertos estímulos originados al percibir las formas del entorno.

Evidentemente, también sumamos a estos complejos conjuntos de significados filogenéticos otros, de origen cultural u ontogenético, que a veces tienden a enmascarar brevemente a los primeros, pero solo brevemente, pues, como afirman las diversas teorías semióticas junto a las contemporáneas investigaciones en neurociencias, el grupo de las interpretaciones filogenéticas tiende a imponerse, pues actúa sobre el inconsciente, razón por la cual los diseñadores del entorno, así como todos los productores de formas, debemos prestar especial atención al modo universal en el que las configuraciones formales estimulan, siempre,

las mismas respuestas humanas conducto- emocionales.

Observemos que en estos últimos comentarios hemos ya deslindado entre la **percepción natural**, común a todos los seres humanos, y la sutil **percepción experta** que debemos poseer los diseñadores para poder establecer, con rigor, las lógicas de relación entre las formas y sus significados, emociones y conductas.

Advirtamos ahora que es, precisamente, en la comunión básica y global de las interpretaciones protagónicas que determinan las formas al estimular respuestas conducto- emocionales tipificables, donde podemos apoyarnos para establecer, con rigor epistémico, las lógicas inherentes a las relaciones de causa y efecto, que nos permitirán evaluar los diversos **niveles de calidad espacial urbana**.

Evidentemente, nuestros procesos de **introspección analítica** deberán profundizar más allá de los umbrales interpretativos del habitante promedio, y de sus opiniones situadas en los territorios de la **doxa**, y no de la **episteme**. Recordemos que, en la **doxa**, todos tienen derecho a opinar, pero su opinión no posee el mismo valor cultural que el juicio sostenido por expertos, aunque puedan coincidir estadísticamente. Juicios laxos, como **me gusta**, o **no me gusta**, son indicadores iniciales para ahondar en la intersubjetividad del colectivo humano, y establecer, con rigor epistémico, por qué le gusta, o no le gusta, algo a alguien. Y luego, saber operar en consecuencia, diseñando aquello que, por consenso biológico y cultural, tiende a ser más gratificante o placentero para la mayoría. Y observemos aquí, nuevamente, que existe un mayor consenso social entre aquello que nos resulta repugnante u hostil, que aquello que nos produce un intenso placer.

La noción de **belleza** emerge como problemática intrínseca a todo acto racional de diseño, trascendiendo ampliamente de los devaneos filosóficos que la deslindan del concepto de **gusto**, para ubicarse contemporáneamente en la **semiótica morfológica de enfoque estético**.

Existe un amplio consenso, entre variadas disciplinas, en afirmar que la experiencia de la **belleza**, entendida como **respuesta mental a un estímulo formal**, depende de la percepción, por parte de individuo, de una relación armónica entre las partes y el todo, dada por la sumisión de cada parte a la lógica de relación, o principio de sentido, que organiza la configuración hacia la expresión intensa de ese sentido o razón de ser.

Ya Aristóteles insistía en señalar que el **principio de consistencia formal** determinaba que una forma tendía hacia la perfección cuando más se acercaba a ser idéntica a sí misma, señalando que este viaje hacia la exaltación de la propia identidad, implicaba que la forma se configurara mediante **accidentes consistentes**, coherentes con el principio de sentido o razón de ser esencial, que justificaba y originaba la necesidad de la forma.

Este enfoque de Aristóteles, más vigente que nunca, debería gobernar nuestras **lógicas proyectuales**, consistentes en seleccionar y articular, con sabiduría, rasgos formales, entendidos por Aristóteles como **accidentes**, para expresar, con intensidad y rigor, su **esencia profunda, aquello que la forma quiere ser**, decisión que, por cierto, no recae en la forma, sino en el diseñador que la genera. Los recientes comentarios no son digresiones caprichosas. Es obvio que el diseño de la espacialidad urbana, entendida como la habitación del pueblo, merece transitar hacia la perfección y alcanzar la necesaria y deseada belleza. Desde el enfoque semiótico- morfológico también afirmamos que el valor de una forma

radica, fundamentalmente, en el grado de coherencia entre las partes y el todo, dispuestas, como ya se ha dicho, en función de expresar, del mejor modo posible, el sentido profundo de dicha forma. Y este grado de coherencia en una organización formal dada, se revela mediante los rigurosos análisis sintácticos y semánticos que instrumentan conceptualmente las investigaciones en semiótica y morfología. Enseñar a ver implica un **aprender a ver**, para alcanzar un saber hacer. Por ello, insistiremos en señalar que no alcanza con la descripción detallada de un fenómeno formal. Tal descripción minuciosa sólo tiene sentido si habilita una interpretación valorativa que opere como experiencia para guiar estrategias proyectuales superadoras, que no se limiten a repetir más de lo mismo.

Todas estas argumentaciones previas nos han permitido construir un enfoque básico para poder proceder a las profundizaciones necesarias para instrumentar la elaboración de nuestra **cartografía de calidades espaciales urbanas**.

Tal vez todavía sea conveniente extendernos en una breve reflexión sobre las diferencias formales entre ciudades **democráticas** y ciudades **fascistas**, aunque este tema podría, perfectamente, llenar varios tomos, si atendemos a sus muy diversos enfoques. Aquí, simplemente, interesa instalar un debate oportuno sobre los profundos vínculos entre ética y estética, ya tratados por Ludwig Wittgenstein.

Así como el arte y los seres humanos existen dentro de la dialéctica entre lo Apolíneo, y lo Dionisiaco, o entre la razón y la emoción, el espíritu y el cuerpo, lo erótico y lo tanático, lo masculino y lo femenino, lo ordenado y lo caótico, las ciudades también tienden a debatirse entre configuraciones fascistas o democráticas.

Estas configuraciones diferentes, emergentes lógicos de una expresión ideológica, pueden estudiarse históricamente. Para todos son evidentes las notables diferencias entre la configuración relativamente indeterminada de la polis griega, que favorecía lugares de encuentros sociales espontáneos, con el rigor geométrico que regulaba la sucesión de los foros romanos, y sus arcos de triunfo, organizados para los desfiles militares en honor del emperador. Y es importante señalar que, con el paso de los siglos, muchas ciudades se transformaron y crecieron, albergando en sí, sectores urbanos que parecen expresar una u otra ideología, entremezcladas. Las ciudades latinoamericanas, Buenos Aires entre ellas, nacen con la imposición de una retícula conceptualmente ilimitada, clara expresión de una racionalidad con vocación de conquista territorial, que traduce, sin eufemismos, un enfoque monárquico. Pero, con el tiempo, ese tejido pretenciosamente infinito, se complejiza, se quiebra, se abre y desdibuja en diagonales y curvas, determinando diversos porcentajes tipológicos en los modos de configuración espacial. Interesará, entonces, establecer cuáles son las configuraciones que expresan mejor los ideales democráticos.

Al solo efecto de dejar instalado el debate, propondremos pensar que las ciudades configuradas en función de la representación de los ideales democráticos suelen sostenerse sobre un enfoque estético basado en la difícil unidad de la diversidad. Este particular enfoque, por otra parte, parece muy pertinente para albergar un conjunto social caracterizado fuertemente por la heterogeneidad de culturas, característica explicada por el difundido concepto de “crisol de razas”. En Buenos Aires, actualmente, coexisten ciudadanos de origen italiano, ruso, español, polaco, alemán, inglés, francés, ucraniano, lituano, turco, árabe, y japonés, por citar en detalle a los provenientes de Europa y Asia, sumados a las enormes

comunidades trasladadas desde los diversos países latinoamericanos. Este aluvión de pueblos amalgamados en un único territorio, con costumbres originales y religiones distintas, se mezclan fervorosamente con los pueblos originarios, ancestrales, dando origen a los argentinos, seres que se debaten en largas reflexiones sobre la noción de identidad nacional. Parece muy lógico, entonces, no pretender emplear una propuesta estética basada en la uniformidad y homogeneización formal, pues el rasgo identitario es, precisamente, la rica amalgama de colores y voces, de saberes e ignorancias. Otros pueblos, como el japonés, tal vez admitan y necesiten expresarse mediante una síntesis de sus rasgos fundamentales, con el objeto de preservar su cultura milenaria, pero con el riesgo de esclerosarla y empobrecerla.

Observemos ahora que, deliberadamente, comenzamos por señalar la conveniencia de adoptar una posible estética de la unidad en la diversidad para poder expresar, de un modo adecuado, la extraña amalgama cultural que, paradójicamente, nos da identidad. En rigor, las ciudades para la democracia no deberían depender, necesariamente, de la heterogeneidad cultural de sus habitantes, fenómeno cada vez más frecuente en Europa, por las recientes migraciones, sino, del enfoque filosófico que debería propiciar el estímulo de diversos tipos de pensamiento. Evitar la imposición de un pensamiento único, dogmático, conceptualmente fascista, solo se consigue mediante la manifiesta tolerancia expresiva de los muy diversos enfoques existenciales, sometiénolos a un renovado y continuo debate honesto y racional. La libertad de construir un pensamiento crítico, autónomo, contrastante con otros, debe ser un requisito de presencia ineludible en toda cultura democrática. El problema básico de la democracia, como señalan diversos y lúcidos pensadores, es que su propia lógica interna atenta contra su posible difusión y establecimiento. No se puede imponer la democracia, ni, lamentablemente, se puede ser intolerante con los intolerantes. Hay quienes, con genuina buena fe, contradicen este enfoque, y sostienen que la humanidad sólo se salvará si se impone la democracia, ya sea por la razón o por la fuerza, como expresa la bandera chilena sin ningún rubor. Pero algunos pueblos hemos aprendido con mucho dolor que el objetivo nunca justifica los medios. Y que solo en el arte el medio es el mensaje. Evidentemente, estos debates parecen exceder los límites de nuestro artículo sobre morfología urbana. Lo cierto, lo decisivo, es que los responsables de hacer ciudad no pueden, ni deben, evitar elaborar estos pensamientos, con rigor y honestidad.

Tratemos de cerrar los problemas de este tema sosteniendo que, en rigor, tiende a ser más fácil diseñar organizaciones formales fascistas, definidas por un orden claro, impuesto en todos detalles, que buscar la muy difícil unidad en la diversidad para favorecer, así, la proliferación de la libertad de decisión. Siguiendo a Schopenhauer, y también a Sartre, parece posible ser libre, al menos en una ficción, si también es posible elegir caminos alternativos para llegar a un destino común y deseado. Según Sartre, ejercer la libertad con responsabilidad implica el trabajo de elegir límites y compromisos. Un camino único, impuesto por el poder, en el sentido de Foucault, libera al individuo, paradójicamente, de su libertad. Ese individuo, que elige someterse al poder, ya no tiene que pensar por sí mismo, o para los demás. Como diría Hegel, su asumida condición de esclavo lo libera del dolor existencial, que sí sufre el amo, en una compleja relación dialéctica donde la identidad de cada uno se fija en el contraste con el otro. La liberación del esclavo implica el poder comunicarse

con el otro, como un par, para conocerlo y entenderlo, y así poder crecer juntos. Al sumiso esclavo de la sociedad contemporánea le alcanza con tener televisor y escuchar el discurso narcótico de manera ferviente. La ciudad fascista se diseña en función de estos requisitos. Evita, así, la proliferación de lugares para el libre encuentro social, y, cuando parece que los admite, les impone regulaciones visuales que dificultan o perturban el desempeño de prácticas sociales que pudieran desestabilizar el estado de cosas. El poder siempre tiende a perpetuarse. Ray Bradbury, para citar un clásico y conocido ejemplo literario, plantea en *Fahrenheit 451* un ominoso futuro, donde la gente se aísla en sus casas, ensimismándose frente al televisor onnipotente. El gobierno ha prohibido en esas casas las clásicas galerías de acceso o porches, pues así se evita la libre socialización entre habitantes y transeúntes. Ya la gente no habla entre sí, pues, además, todos deberían pensar igual y denunciar al que piensa distinto, como a un delincuente. Advirtamos que los estados totalitarios han ido bastante más allá, en sus horrores, que los que planteaba la mejor ciencia ficción. Y sus ciudades son ejemplos físicos de su condición de máquinas para regular ideas mediante la repetición y la homogeneidad.

En nuestros días, la **chica nómada**, propuesta por Toyo Ito, solo necesita un enchufe para su laptop, y habita de noche en una burbuja portátil. Fluye por la ciudad utilizando su infraestructura de servicios, pero al no residir físicamente en ningún lugar específico, tiende a sostener meras relaciones fortuitas, pasajeras, coherentes con el mundo líquido que denuncia el filósofo Zygmunt Bauman.

Evidentemente la ciudad de la democracia, enfocada en el bien común mediante el desarrollo de libertades civiles responsables, necesita prioritariamente de la multiplicación de lugares destinados a favorecer el encuentro social y espontáneo, diverso y gratificante. ¿Qué formas deben tener esos lugares? Las respuestas ya existen, pero todavía parece necesario explicitarlas, y proponer otras más, acordes con los vertiginosos cambios sociales y sus nuevas prácticas. También es evidente que los modos de apropiación legítima del espacio público deben favorecerse y desarrollarse.

Las diversas prácticas sociales, orientadas al incremento de la solidaridad humana para obtener el beneficio de una existencia más rica y fecunda, donde la seguridad personal no dependa de la presencia policial, sino de la intervención decidida del prójimo, que nos ve como iguales, necesita espacialidades configuradas con alta calidad estética, para hacerlas deseables de habitar.

Todo lo dicho hasta aquí se orienta enfatizar la necesidad imperiosa de indagar más profundamente en los modos de incrementar la **calidad espacial urbana** mediante un intenso estímulo de **experiencias estéticas**, pues solo así es posible obtener, también, la plena satisfacción de los requisitos éticos inherentes a una cultura auténticamente solidaria y democrática.

El compromiso ético-estético de los diseñadores que participan en la configuración del entorno urbano es insoslayable.

De ellos depende renovar y transformar lo dado, buscando enfatizar las virtudes de las soluciones ya probadas, minimizar los errores de las áreas degradadas, y proponer alternativas innovadoras positivas. Para cumplir este compromiso es necesario una profunda introspección personal que nos obligue a revisar las razones ocultas de algunas prefe-

rencias, y buscar contrastarlas con las elecciones estadísticas del imaginario social, en el cual actuamos.

Ya existen varias categorías de análisis, pero parece importante que cada proyectista sea capaz de construir rigurosamente su propia mirada, proponiendo nuevas categorías emergentes de su enfoque particular, pero de valor operativo universal, factibles de ser operadas y desarrolladas por otros diseñadores, que, a su vez, también tendrán la misión de incrementar esta construcción de conocimiento disciplinar.

La escala de calidad urbana y sus indicadores sintácticos y semánticos

Propondremos ahora una serie de argumentaciones tendientes a profundizar la instrumentación conceptual de la deseada **cartografía de calidades espaciales urbanas**.

Es evidente que el concepto de calidad alude a un rango valorativo.

Toda forma presenta una organización de rasgos que tiende a ser evaluada críticamente por sus usuarios desde muy diversos parámetros de medición valorativa. Interesa aquí establecer, con rigor epistémico, cuáles y cuántos son, en principio, aquellos **parámetros de medición crítico-valorativa** más rigurosos y trascendentes, aclarando, desde ya, que en los límites de este artículo, situado dentro de las investigaciones en morfología urbana, y en función de los intereses didácticos de la asignatura académica homónima, privilegiaremos en nuestra selección a aquellos parámetros críticos, o indicadores de calidad, que tengan vínculos directos con los aspectos sintácticos y semánticos de las formas, apoyándonos sólo lateralmente en algunos posibles indicadores de calidad ubicados en otros enfoques conceptuales, como, por ejemplo, el costo económico estadístico de los terrenos o viviendas ubicados en específicos lugares de la ciudad. Observemos que este claro **indicador de calidad urbana**, que muestra una tendencia a la preferencia social para habitar en esos lugares, no explícita, por sí mismo, las razones por las cuales alguien estaría dispuesto a emplear mayores recursos económicos para lograr habitar allí. Evidentemente, estas razones existen, y se sostienen desde diversos enfoques argumentativos, que el analista urbano, es decir, nosotros, debería poder deslindar y medir por separado, como causas eficientes para el posible incremento de calidad espacial urbana. También es evidente que el mayor costo económico de ciertas ubicaciones espaciales no solo puede sostenerse por los posibles estímulos de experiencia estética, emergentes de un entorno visualmente coherente, rico en el nivel de armonía entre las partes y el todo, dotado de rasgos formales que promuevan, de un modo equilibrado, las gratificantes experiencias emergentes de la tensión dialéctica entre el sosiego y la euforia. Observemos ahora que el excesivo estímulo de **euforia** anímica puede producir un nivel de excitación desgastante, y solo es recomendable por periodos breves. Dicho estímulo es válido para favorecer ciertas prácticas sociales, como los paseos de compras, o las fiestas populares, pero no es recomendable para la vida cotidiana. Los lugares residenciales de alta calidad espacial buscan, preferentemente, un cierto nivel de **sosiego**, de tranquilidad, tradicionalmente estimulado por la presencia protagónica de vegetación en paisajes conceptualmente naturales, aunque de obvio origen artificial, como

las lagunas o fuentes urbanas ubicadas en plazas y parques. Un departamento que mira hacia un extenso parque tiende a ser más caro, en términos económicos, que uno ubicado en el lateral de una ruidosa avenida comercial. Observemos, asimismo, que un exceso en el estímulo del **sosiego** puede provocar la negativa experiencia mental del aburrimiento, que puede conducir a estados abúlicos e indolentes, o llevar al individuo a peligrosos niveles de angustia. Este fuerte estímulo al sosiego es un rasgo típico de ciertos barrios suburbanos, donde el tedio de los domingos de sol, según las estadísticas, lleva al suicidio adolescente, o a la configuración de pandillas que vandalizan el entorno para mitigar el hastío existencial. Por eso es necesario un entorno urbano que equilibre el estímulo de sosiego y euforia, ya sea de un modo simultáneo, en un lugar, o a través de una secuencia intencionada de lugares de paseo, donde se secuencian, asimismo, los estímulos del sosiego y la euforia.



Figura 1.
(Cullen, 1981. 25)

Advirtamos que hemos aquí mencionado intencionadamente **variables formales sintácticas, que estimulan interpretaciones anímico-conductuales semánticas**, de origen filogenético o biológico, de interpretación universal e inexorable, dejando a un de lado otros argumentos para explicar el mayor costo económico de ciertos lugares. Es evidente que, más allá de las obvias gratificaciones visuales de ciertos entornos urbanos, protagonizados por formas arquitectónicas de alta calidad, sabiamente acompañadas, en muchos casos, con la presencia deseable de vegetación variada, plena de flores y frutos, perfumes y sombras, lo cierto es que el mayor costo económico exigido para habitar allí, de manera relativamente permanente, suele también sostenerse, como hemos ya advertido, en factores extra-formales. Entre ellos, es decisiva la relación de cercanía, o facilidad de acceso, a otros lugares

de interés humano, ya sean paisajísticos o culturales. Museos, cines, teatros, restaurantes, galerías de compras, etcétera, suelen operar como **atractores** valiosos para determinados grupos sociales, que prefieren ubicarse en lugares que faciliten su rápido acceso. Es fácilmente verificable que las mejores ciudades del mundo presentan recortes urbanos privilegiados por la equilibrada presencia de parques rodeados por una fuerte infraestructura edilicia de alta calidad, que ofrece una amplia oferta de estímulos para el entretenimiento humano, desde los museos a los shoppings. En estos privilegiados lugares, además, suele existir una sensación de **seguridad social**, ya sea por la protección implícita, dada por la multitud solidaria de pares, o por la presencia policial manifiesta.

Observemos ahora que el temor personal a ser víctima de actos violentos, que van desde el robo hasta el asesinato, es un factor decisivo para medir la calidad espacial urbana, más allá de sus parámetros morfológicos, lo que implica la necesidad de deslindarla dentro del análisis sintáctico- semántico. Interesa señalar, sin embargo, que las configuraciones urbanas pueden favorecer o dificultar los riesgos de actos delictivos, por sus propios rasgos sintácticos. Un entorno visualmente intrincado, rico en sombras y oquedades, favorece la presencia oculta de maleantes, lo que no tiende a suceder en los espacios urbanos abiertos e iluminados, frecuentados por numerosos habitantes, que operan como posibles testigos inhibidores de las acciones de los delincuentes. Es evidente que estos problemas de seguridad deberían poder minimizarse con el empleo, cada vez más extendido, de cámaras de seguridad, alarmas, e iluminación, pero parecía pertinente mencionarlos, pues toda decisión formal debe sostenerse en un amplio enfoque analítico, sopesando, en cada caso, las virtudes o defectos implícitos en esa decisión de diseño.

Recordemos ahora que el mayor o menor costo económico para el acceso habitacional en algunos sectores urbanos, solo es un factor más para ser empleado como indicador válido para establecer la calidad espacial urbana. Aunque el costo económico solo sea un factor más, convengamos en que es un factor decisivo, pues, como hemos visto, se ramifica en múltiples razones, atendibles desde nuestro protagónico enfoque morfológico.

Interesa todavía ahondar en el alcance conceptual de algunos términos aquí empleados.

Observemos que la noción de **costo** económico se emparenta con los términos **precio** y **valor**. Señalemos que algo puede ser muy valioso para alguien, desde un enfoque sentimental o cultural, pero su precio en el mercado social, indicador de un costo relativo a la disponibilidad del comprador, puede ser excesivamente alto o bajo. Las razones que llevan a los individuos a elegir sus lugares preferidos para habitar, no siempre parecen racionales, en el sentido estricto de la palabra. Aceptemos que hay variables inefables de medición imposible que participan en todas las decisiones humanas. Parafraseando al doctor López Rosetti, digamos que los seres humanos son animales emocionales que razonan...solo a veces. Pero es obvio que aquí tenemos que esforzarnos en establecer argumentos amplios, pero coherentes, para poder tomar decisiones de diseño, a partir de valoraciones lo más rigurosas posibles.

Señalemos aún que el costo económico para el acceso al lugar habitable deseado, o posible, establece de un modo inevitable una estratificación social. Y los fenómenos de estratificación social son factores necesariamente atendibles para los diseñadores. Observemos, ahora, que este forzado deslinde en grupos socioeconómicos, tiende a acarrear un conse-

cuenta deslinde de niveles culturales, vinculados con el acceso a mejores o peores niveles educativos, que inciden en la mayor o menor sensibilidad, o capacidad para establecer umbrales de satisfacción, o desasosiego, frente a los estímulos formales.

Es lógico y verificable afirmar, por ejemplo, que las personas más cultas, de costumbres más refinadas, conocedoras de las expresiones artísticas, y consumidoras de objetos de buen diseño, tienen un nivel de tolerancia menor hacia el estímulo de configuraciones formales toscas e irracionales, visualmente hostiles, lo que se compensa, naturalmente, con un umbral mucho más favorable a las emociones estéticas, que se instalan como un deseo ineludible. Admitamos, sin embargo, que son pocas las personas que pueden sufrir el llamado síndrome de Stendhal, consistente en un colapso estomacal con vómitos, generado por el estímulo excesivo de objetos bellos, vistos en sus paseos por Florencia. Sospechamos que el autor de *Rojo y Negro* colapso, no solo por la belleza del entorno urbano, sino por la ingesta de algún afrodisíaco, a los que también era afecto, pero es interesante aquí hacer notar, a los lectores, que es rigurosamente cierto que la intensidad elevada en el estímulo de experiencia estética produce, en los individuos que la reciben, un efecto físico potente, consistente inicialmente en extraños dolores intestinales, traducidos por la literatura romántica como la sensación de tener mariposas en el estómago, y explicado por la medicina como dolores viscerales, pues se ubican en las vísceras, donde están aquellos péptidos capaces de producir y sostener las respuestas emocionales que exceden la capacidad biológica del cerebro. Marta Zatonyi siempre nos explicaba que, frente a una obra intensamente bella, era imposible evitar una descompostura estomacal, extrañamente gratificante, acompañada de sudoración y palpitaciones. Son los riesgos de frecuentar la belleza. Pero la fealdad trae peores consecuencias biológicas, y es conveniente evitarla.

Observemos entonces, nuevamente, que nuestro **compromiso ético-estético** para mejorar la cultura en la que habitamos, en su sentido global, nos debe impulsar e incrementar la calidad espacial urbana de los sectores degradados, básicamente habitados por grupos sociales de bajos ingresos, ya que así favoreceremos, aunque sea en un nivel mínimo, su calidad de vida, instalándoles el deseo por acceder y defender entornos urbanos espacialmente mejores. Y hacemos hincapié en tratar de instalar en los sectores socialmente degradados un incremento del amor propio individual, para operar como factor multiplicador de un amor propio global, destinado a desear y defender las mejoras urbanas alcanzadas, o alcanzables, pues suele suceder que el deterioro urbano sea la directa consecuencia de vandalizaciones operadas por los propios habitantes, que traducen su resentimiento personal y social en paradójicas autoagresiones, como señalan numerosos sociólogos. Obviamente, este complejísimo problema excede a los diseñadores, y atañe de forma directa a las políticas públicas, que deberían incrementar el nivel educativo de la población marginada, buscando con educación y trabajo su inclusión social con una dignificación necesaria. Advirtamos que uno de los indicadores básicos para establecer el gradiente de calidad espacial urbana es la ya mencionada, y deseable, presencia de vegetación pública y semipública. Los árboles frondosos de los lujosos barrios tradicionales conversan con sus sombras con los jardines exquisitos, que operan como transiciones blandas y perfumadas para ornamentar las fachadas de texturas y colores sobrios y elegantes, mientras que, en la mayoría de los barrios degradados, los antiguos árboles han sido ferozmente talados, para

calefaccionarse con su madera, pero, básicamente, para liberarse de las hojas otoñales, y evitar darles escondites a los malhechores, que son sus propios vecinos en la mayoría de las veces, según los registros policiales. Observemos que en los posibles jardines se acumulan basuras, y rara vez crece el pasto. Las epidemias se multiplican mientras el agua escasea. Obviamente la tala de árboles públicos, y la presencia de basura en las calles, contribuye al incremento de **fealdad urbana**, y expresa una hostilidad manifiesta hacia el mundo de los propios habitantes, responsables directos del estado de su entorno. Solo un intenso incremento de la dignidad humana mediante la educación y el trabajo, garantizarán un incremento global en el bienestar del conjunto, evitando o minimizando la proliferación de la delincuencia, y los previsibles y nefastos estallidos sociales. Y un modo especial de educar, insistimos en señalarlo, es proponiendo renovaciones y mejoras de los sectores degradados, entendidos, ahora, como el objetivo fundamental de nuestras investigaciones sobre los niveles de calidad espacial urbana, ya que nuestra acción de diseño en las áreas de alta calidad, muy consolidadas, es innecesaria o mínima. Su estudio, por supuesto, nos sirve como ejemplo de aquello que es deseable para la mayoría. Reiteramos, entonces, que nuestra cartografía tiene el propósito ético de revelar, con rigor epistémico, cuáles son las áreas degradadas, evaluando las razones de causa- efecto que las determinan, encontrando así, insistimos, el sentido y la oportunidad concreta de establecer acciones mejoradoras que no nazcan de caprichos personales, a la moda, sino de operaciones de diseño emergentes del análisis, y orientadas al incremento necesario del estímulo de experiencias estéticas dignificantes.

Las ciudades más bellas del mundo, no casualmente, albergan protagónicos grupos sociales de alto rango económico y cultural. El nivel educativo alcanzado por la población es decisivo para favorecer el incremento de la calidad espacial urbana, y, por empatía formal, un mayor nivel de calidad espacial favorece el incremento de educación y la dignidad social. Nos hacemos aquí eco de los conceptos defendidos por Jorge Jáuregui, célebre autor de numerosos proyectos para el incremento de calidad de vida en áreas urbanas degradadas, quién, como nosotros, defendía y defiende intensamente el **derecho humano a la belleza**, oponiéndose intensamente al generalizado prejuicio social que falazmente sostiene que los pobres no anhelan ni necesitan de la belleza en sus entornos habitables. Obviamente será siempre prioritario resolver los graves problemas de infraestructura de esos entornos degradados, pero ello no debería inhibir o retrasar las prácticas del buen diseño. Siempre insistimos en recordar que la producción de belleza es gratis, pero enriquece. Nos enriquece a nosotros y a nuestros destinatarios. El único recurso necesario para producir belleza es nuestro propio compromiso, volcado en un sólido saber hacer poético, cuyo producto estético traduce y propone una intencionalidad ética.

Avancemos ahora en algunas reflexiones para profundizar en la instrumentación gráfica de la cartografía propuesta. Revisemos, entonces, la noción de **escala de calidad urbana**, para evitar malentendidos. Debería ser obvio que toda escala alude a una relación entre dos extremos opuestos, que determinan un gradiente de transformación. El gradiente entre el blanco y el negro, con su gris central, propone diversas escalas modulares de medición de los niveles de la transformación. La medición, en este caso, se realiza mediante indicadores de luminosidad, medibles con un fotómetro. Un poco más difícil

es medir, mediante **indicadores de calidad urbana**, los niveles alcanzados por las configuraciones formales.

Aquí propondremos, por razones de agilidad operativa, y al solo efecto de establecer un enfoque didáctico, **cinco niveles de calidad urbana**. Tendremos entonces que considerar un nivel muy alto, un nivel alto, un nivel medio, un nivel bajo, y un nivel muy bajo. Obviamente las áreas degradadas, sobre las que, preferiblemente, deberíamos proponer estrategias renovadoras, se ubican por debajo del umbral de lo mediocre, pero tolerable habitacionalmente. Es evidente, también, que el umbral de lo muy bajo alude a aquellas situaciones urbanas tan degradadas que rozan lo inhabitable, por ser meros refugios temporales o efímeros contra las inclemencias climáticas, originados, frecuentemente, como resultado de procesos autoconstructivos en iniciales vacíos urbanos. La acción política debería actuar responsablemente, y proponer la configuración de viviendas dignas, que sostengan un lenguaje sobrio, ascético, desde un esquematismo visual que baje costos operativos, pero que no trivialice la producción de forma arquitectónica. La arquitectura sintética jamás es meramente simple. Una respuesta sintética resuelve lo complejo con un mínimo de gestos necesarios, pero fundamentales. La mera sencillez, en cambio, trivializa y empobrece. Estos criterios formales para **desarrollar estrategias proyectuales poetizantes, es decir, con capacidad de poetizar, lo que implica renovar y transformar el entorno mediante el estímulo de experiencia sintéticas**, debe internalizarse en aquellos profesionales que anhelan genuinamente participar positivamente en la producción de propuestas eficaces para los nuevos conjuntos habitacionales, subvencionados por los gobiernos de turno. Advirtamos que nosotros no admitimos como válidos esos enfoques románticos o naif que pretenden ver en el caótico y paupérrimo desorden de los refugios de emergencia una alternativa legítima, o posible de ser defendida, desde los muy abstrusos discursos perversos que elogian el derecho existencial de una supuesta identidad cultural de la marginalidad social. La marginalidad social es la consecuencia de graves errores del conjunto gobernante, y de su pueblo tolerante, domesticado, indolente y egoísta. La marginalidad social es indigna para los humanos, que deben reincorporarse al conjunto, de un modo positivo. Todo ser humano es único e irrepetible, y su aporte no puede ser despreciado. Crear las condiciones para garantizar el acceso al trabajo dignificante y a la educación ennoblecedora es el compromiso fundamental de todos los individuos que defendemos ideales democráticos. Pretender construir un discurso edulcorante sobre la falsa dignidad humana de los marginales, que precisamente han sido desposeídos de ella por los errores sucesivos del poder, otorgándoles una equívoca identidad cultural que opere como excusa para seguir marginándolos, debe denunciarse como la siniestra falacia que actúa desde un enfoque fascista para obturar el compromiso legítimo de lograr la genuina inclusión social de esos grupos. Y ningún intelectual honesto puede o debe caer en esas trampas discursivas, y mucho menos los productores de forma con significado y sentido.

Los comentarios precedentes pueden parecer ajenos a la elaboración académica de una **cartografía de las calidades espaciales urbanas**, pero ya hemos advertido que siempre es necesario establecer que la construcción de instrumentos conceptuales nunca puede ser excesivamente acrítica o tolerante con respecto a enfoques ideológicos que pueden pretender distorsionar ciertas lecturas o interpretaciones de la realidad. Sugerir que una

enfermedad social, traducida en precarios y aberrantes **refugios marginales**, debe entenderse como la expresión válida de una específica identidad cultural, merecedora de respeto, inhibe o dificulta cualquier acción legítima y bien intencionada para erradicar esa enfermedad, y sus expresiones.

Una cartografía de las calidades espaciales urbanas es, en rigor, un mapa que muestra la desigualdad e injusta distribución de la riqueza, en aquellas ciudades donde, aún, no se han resuelto satisfactoriamente los problemas sociales. Y nos conviene recordar que ningún mapa es inocente. Todo mapa se sostiene siempre en enfoques ideológicos subyacentes.

Hasta el más aséptico gráfico de accidentes topográficos, o de vías de circulación, puede servir para guiar invasiones militares. La ubicación de los cementerios urbanos, en ese sentido, son los clásicos blancos de los bombardeos enemigos, pues la dispersión de cadáveres produce caos y enfermedades, que debilitan la defensa del territorio amenazado.

Ya Jorge Silvetti nos decía que ningún intelectual tiene derecho a la inocencia. La inocencia es para los niños. Un intelectual siempre debe actuar desde la recomendable **paranoia dialéctica**, siguiendo las recomendaciones de Foucault, preguntándose constantemente a qué intereses ocultos puede servir su trabajo... para evitar ser un cómplice pasivo. Pero esa paranoia no debe inmovilizarlo, antes bien, es la fuerza para luchar, día a día, por tratar de indagar en las complejas lógicas que rigen la realidad. Y saber operar en consecuencia. Buscando ser feliz, y hacer feliz al prójimo, siguiendo ahora a Aristóteles, un filósofo que, con su *Poética*, nos enseñó a buscar las armonías de las formas. Y a entender, por contraste, los rasgos de la fealdad.

El último comentario nos lleva de lleno a seguir revisando, con rigor epistémico, y desde un enfoque semiótico- morfológico, cuáles son los rasgos de la fealdad. Lo feo, lo grosero y lo repugnante, tienen en común una expresión desagradable, agresiva y hostil. La fealdad es el contrario conceptual de la belleza. Y si la belleza es, básicamente, el emergente gratificante de una eficaz relación armónica entre las partes y el todo, determinando que el todo es mayor, mejor, y diferente, que la mera suma de sus partes, la fealdad es la agresiva expresión de lo incoherente o informe, lo que no tiene forma, y, por ende, razón o sentido, justificación o valor. Si la belleza es una plenitud que suma y enriquece, la fealdad es una disminución, una resta, un empobrecimiento.

Estas verdades de Perogrullo, que todos conocemos en nuestra interioridad, aunque algunos no posean la prosa para explicitarlas ordenadamente, deberían orientarnos en la selección y empleo de los variados indicadores de la calidad espacial urbana, que, como vimos, son muchos, tantos como enfoques válidos empleemos para el análisis, y sepamos justificar en su oportunidad de empleo.

Observemos ahora que en nuestra cartografía no solo debemos deslindar entre los sectores de vivienda marginal, de calidad espacial muy mala, de los sectores de calidades altas. Parece lógico que en el deslinde de las calidades, ya sean muy altas, altas, medias, bajas, o muy bajas, se especifique cuáles son los indicadores de calidad urbana empleados, pues, al revelar las lógicas de esta selección de indicadores, se construye un conocimiento valioso sobre los modos de habitar humanos, y sus expresiones formales correspondientes, complementando, así, el empleo coherente de lo que Doberti y Giordano definen como

tipologías semánticas. Recordemos aquí, de un modo urgente, que la noción de **tipologías semánticas** alude, precisamente, a un deslinde conceptual sobre los diversos modos de apropiación espacial, traducidos, a su vez, en **tipologías configurativas**. Nuevamente estamos en presencia de un deslinde entre los significantes y los significados. Las prácticas sociales, con sus diversos ritos y ceremonias, necesitan operar dentro y desde configuraciones espaciales adecuadas, consolidadas a través del tiempo en **tipologías configurativas** o formales. Evidentemente, a cada tipología formal le corresponde algún tipo de uso protagónico, vinculado a las prácticas sociales que definen ese uso. Y los diversos usos, traducidos en configuraciones formales, inciden en la calidad espacial urbana. Pero, para poder profundizar, conviene ahora resumir, muy brevemente, cuáles son las ocho tipologías semánticas que Doberti, con Giordano, han deslindado.

Advirtamos que en el texto *Espacialidades*, los lectores podrán encontrar las necesarias profundizaciones de nuestro apretado resumen.

El tipo semántico **publicitario** alude a las prácticas sociales del consumo hedónico, favorecido por intensos estímulos sensoriales y emocionales, que gratifican el acto de pasear haciendo compras, viendo, y siendo observado. Es obvio que sus tipos configurativos sintácticos son los centros comerciales o shopping, las diversas ferias artesanales, los supermercados, los restaurantes y cafés, pero, también, los parques temáticos, y los museos, entendidos como divertimentos culturales, junto con los cines y los teatros, etcétera. Evidentemente, las formas arquitectónicas aptas para albergar y permitir estos usos suelen ser de alta calidad estética, lo que incide en su entorno inmediato, operando como indudables **atractores** sociales.

El tipo semántico **institucional** alude a las prácticas sociales que se orientan a representar diversos modos de emplear ciertos poderes, ya sean económicos, o culturales. El concepto de edificio **emblemático** es el que define al tipo configurativo sintáctico que sostiene estas lecturas semánticas. Debemos incluir en esta tipología a las formas arquitectónicas que albergan los diversos poderes, y los representan formalmente. Entre ellos mencionaremos los palacios o viviendas muy ostentosas, los centros financieros, y las sedes de empresas multinacionales, o muy importantes, etcétera. Evidentemente, estas formas arquitectónicas, así como su entorno de implantación, exigen poseer altos niveles de calidad espacial urbana, ya que sus entornos mediato e inmediato también participan de la expresión simbólica de los valores que, emblemáticamente, pretenden manifestarse.

El tipo semántico **barrial** alude a las prácticas sociales inherentes a la vida familiar, y su asentamiento en viviendas básicamente individuales, asentadas en configuraciones urbanas de baja densidad y altura, donde la vecindad entre familias favorece el encuentro social y la vida comunitaria. Obviamente hay diversas calidades espaciales para calificar los también diversos tipos barriales.

El tipo semántico **marginal** alude a las prácticas sociales de supervivencia precaria, y sus tipos sintácticos figurativos son, evidentemente, los asentamientos urbanos informales, definidos por Pancho Liernur, según la tradición clasificatoria clásica, como **villas de emergencia**, clasificación en la que coinciden otros numerosos autores. En Brasil a estos asentamientos se los conoce como favelas, y en otros países, como chabolas.

El tipo semántico **restrictivo** es aquel que alude a las prácticas sociales cuyos ritos y cere-

monias exigen, para poder ser desarrollados, un riguroso control en el uso de ciertos espacios, estableciendo así diversas áreas para los distintos tipos de actores, regulando entonces las lógicas de articulación circulatoria entre ellas. Los **tipos configurativos sintácticos** que sostienen estas prácticas suelen diseñarse con un enorme rigor en la delimitación y articulación de sus paquetes operativo- simbólicos. El ejemplo básico de este tipo de edificios es la cárcel, con su condición panóptica, pero también podemos, cómodamente, ubicar con rigor en esta clasificación a los hospitales, universidades y escuelas. Edificios que, además, se aproximan o solapan con los emblemáticos o institucionales. Observemos ya que el número de hospitales, escuelas y universidades en un entorno urbano, tiende a elevar su calidad espacial, lo que no sucede con la ominosa presencia de las cárceles, que preferiblemente deben situarse alejadas de una ciudad que pretenda expresar la libertad de pensamientos y acciones civiles.

El tipo semántico **regulado** es aquel que opera como mecanismo de socialización o adecuamiento cultural de ciertos grupos humanos marginales, o de origen rural, poco acostumbrados a las normas y costumbres de los tradicionales habitantes urbanos.

El tipo configurativo sintáctico se traduce en aquellos específicos conjuntos habitacionales, basados en lógicas de repetición, que pretenden homogeneizar conductas por la empatía con aquellos espacios que los albergan, segregándolos. No debemos confundir este tipo de conjuntos habitacionales con aquellos de alta calidad espacial que, en rigor, pertenecen al tipo semántico rentable.

El tipo semántico **rentable** alude a aquellos grupos sociales que eligen habitar inmersos en el corazón urbano, mediante departamentos conceptualizables como bienes económicos inmobiliarios. Esta condición mercantil original tiende a teñir la percepción del hábitat, que también se percibe en términos de costo y beneficio. Doberti y Giordano hacen hincapié en que está extendida y exitosa tipología edilicia, popularmente conocida como propiedad horizontal, propone configuraciones similares, pero nunca idénticas, pues el valor económico fluctúa con las diferencias de identidad formal que presentan. Advirtamos que la difusión de la propiedad horizontal en los centros urbanos facilita el acceso de grandes grupos sociales a lugares de interés cultural y recreativo, bajando los costos de implantación, transporte e infraestructura. El planteo romántico de Frank Lloyd Wright de preferir y diseñar ciudades extendidas, basadas en la distribución de viviendas individuales, rodeadas de parques y jardines, es, a todas luces, antieconómico y anti ecológico. La concentración urbana facilita el encuentro social y el ejercicio de las libertades democráticas, liberando el territorio periférico para seguir disfrutando de paisajes naturales, o de emprendimientos agrícolas productivos. Doberti y Giordano señalan que el tipo semántico rentable también puede extenderse, por su enfoque para configurar espacios y usos, en algunos edificios de oficinas, así como viviendas individuales que enfatizan su condición de mercancía inmobiliaria.

El octavo tipo semántico deslindado por los autores citados es el **utilitario**. Como su nombre sugiere, esta tipología nuclea aquellas formas edilicias fundamentalmente organizadas como instrumentos o herramientas, protagonizando, entonces, en su expresión formal, significados denotados, operativos y funcionales, configurantes de mensaje literales, muy alejados de la expresión simbólico- metafórica de los mensajes estéticos, o de su versión

devaluada y anestesiante, los mensajes kitsch. Evidentemente, los edificios que sostienen sus tipos configurativos sintácticos son las fábricas, talleres y depósitos. Observemos que las codificaciones municipales favorecen su reunión en vastos sectores urbanos, ya que, para poder desempeñar sus funciones, necesitan mucho espacio físico horizontal, cubierto, al que se suman inhóspitas playas de maniobras y lugares de estacionamiento, de camiones y colectivos. Evidentemente, la expresión formal arquitectónica tiende a reducirse a la pura edificación de sus mensajes literales, que empobrecen y trivializan los lugares que afectan.

Observemos ahora que, aunque Doberti y Giordano hayan deslindado solo ocho tipos semánticos, nosotros perfectamente podemos aún sumar otros dos, no considerados inicialmente por estos autores, muy probablemente por carecer de tipos configurativos edilicios, aunque sean lugares urbanos artificiales y diseñados. Nos referimos, por cierto, a los **espacios públicos abiertos**, constituidos por las plazas, parques, costaneras, ramblas, etcétera. Es obvio que estos espacios abiertos y diseñados, ubicados dentro del tejido urbano, son distintos de los posibles bosques o campos periféricos de las ciudades, y constituyen importantes **atractores** humanos, ya que operan como lugares de esparcimiento, y también favorecen las prácticas deportivas junto a otras actividades lúdicas. Su presencia eleva, lógicamente, los niveles de calidad espacial de su entorno urbano inmediato.

Sutilmente distinto es el caso de las vastas superficies vacías, en desuso, comprendidas como **baldíos**, o **terrenos vagos**, por indeterminados, en el decir de Ignasi de Solà-Morales. Corresponden a estos casos las playas de maniobras ferroviarias ya abandonadas, así como los lugares de estacionamiento de fábricas, también abandonadas. Evidentemente, la presencia de estos lugares indeterminados convoca el riesgo de posibles asentamientos marginales, u operan como depósitos espontáneos de basura, todo lo cual hace descender el nivel de calidad espacial del entorno urbano que lo rodea o limita. Es muy claro, para nosotros, que el deber prioritario de una lógica estrategia proyectual urbana, es ocupar esos vacíos con actos de diseño, que los preserven como oportunidad para el desarrollo de prácticas sociales de encuentro solidario. Y nótese la sutileza de afirmar que vamos a ocupar el vacío con actos de diseño, y no necesariamente con nuevos edificios, pues los vacíos urbanos son valiosos, y hemos aprendido que la mejor estrategia es protegerlos mediante configuraciones de borde que detengan el incontrolado crecimiento del tejido, evitando nuevos asentamientos habitacionales, siempre que ello sea posible y deseable.

Estos vacíos indeterminados pueden servir oportunamente para ubicar focos de desarrollo social, como las bibliotecas en Medellín, diseñadas por Giancarlo Mazzanti, o algún tipo de Centro Cultural, pero siempre deberían ser edificios de uso público, que favorezcan el Encuentro Social.

El aporte de Doberti y Giordano al proponer esta rigurosa selección y deslinde de tipologías semánticas facilita, indudablemente, la producción de nuestra **cartografía de calidades espaciales urbanas**, pues, luego de establecer gráficamente sobre un plano del recorte urbano en intervención, (o de la ciudad toda, si esa es la escala de análisis), la compleja distribución de los tipos semánticos, (que operan como constelaciones conceptuales, ya que en un mismo lugar pueden coexistir varios), podemos inferir con rigor que ciertas áreas específicas tienden a actuar como **atractores humanos**, mientras que otras, en cam-

bio, actúan como **repulsores**, o no despiertan ni interés, ni rechazo. Profundicemos. Ya hemos señalado que la acumulación de centros comerciales, restaurantes, cafés, museos, cines y teatros, por ejemplo, pertenecientes al tipo semántico **publicitario**, operan como **atractores** básicos. Es muy probable, en nuestras ciudades latinoamericanas tradicionales, que esta tipología coexista, de un modo equilibrado, con el tipo semántico **rentable**, masivamente elegido como vivienda en propiedad horizontal. Muchísima gente quiere vivir cerca de los lugares que le ofrecen cultura y diversión, ya que la configuración formal de esta mixtura edilicia, además, provee un deseado estado anímico de euforia, de alegría, pero no de sosiego. Estas son las razones que le permiten al arquitecto Justo Solsona defender el deseo humano por la **ciudad de la adrenalina**, al igual que Rem Koolhaas, en claro contraste con los sectores urbanos más periféricos, que enfatizan la proliferación de configuraciones formales y usos residenciales orientados hacia el estímulo de la tranquilidad y el sosiego. Advirtamos ya que esos sectores **sosegados y tranquilizantes**, también actúan semióticamente como **atractores humanos**, y su lógica de distribución periférica a los centros urbanos de alta densidad habitacional se sostiene en una coherente relación dialéctica. Los que habitan la serena periferia eligen la euforia del centro urbano para romper sus rutinas, y, a veces, trabajar allí. En sentido inverso, aquellos inmersos en la adrenalina urbana de un modo cotidiano, eligen descansar en la periferia. Esta es una de las explicaciones protagónicas para la proliferación de barrios cerrados, countries, o casas de fin de semana, versiones contemporáneas del concepto de quinta, que alude a una casona distante en el medio de un vasto jardín. Esta dinámica entre la euforia y el sosiego determina o explica la lógica distribución de los usos espaciales en la mayoría de las ciudades. Advirtamos ahora que, en ambos casos, estamos hablando de **atractores** humanos, lugares deseables para habitar permanentemente, o pasear, que tienden a ser calificados como de alta calidad espacial, con independencia relativa a la consideración favorable, o negativa, de los valores estético-formales de los tipos configurativos que puedan sostener estas funciones. Observemos, sin embargo, que ya hemos señalado que estos sectores urbanos, semánticamente tan atractivos, suelen tener, de un modo muy coherente, configuraciones formales que favorecen la atracción humana por su intenso estímulo de experiencias estéticas. Desde un enfoque analítico riguroso, entonces, el analista tendrá que saber deslindar entre el nivel de calidad espacial sintáctica que posee un sector, y el nivel de calidad espacial semántica del mismo. Estos niveles pueden coincidir, o no, pero conceptualmente determinarían un **nivel de calidad espacial urbana promedio**, para ese sector específico, lo que, de un modo lógico, nos conduce a concluir que una ciudad completa poseerá un **nivel de calidad espacial urbana global promedio**, que puede ser media o baja, a pesar de tener lugares que puedan ser tan atractivos y bellos como para favorecer la actividad turística. Es obvio que aquí queremos instalar el deseo de rediseñar la ciudad hasta alcanzar el mayor rango de calidad espacial global, para lo cual hay que multiplicar la coherencia formal y los usos deseables. Continuando nuestro discurso sobre el mismo sendero analítico, es fácil advertir que en un domingo de sol nadie desea recorrer o vivir el paisaje urbano de fábricas y galpones, de fuerte carácter utilitario, máxime que, por su propia lógica prosaica, sostenida por mensajes literales trivializantes, las fachadas de estos edificios suelen no solo ser esquemáticas hasta el hartazgo, sino también, mostrar fuertes y

desagradables señales de deterioro. Obviamente, estos **repulsores** humanos operan como indicadores de una **baja calidad espacial**, lo que incide en el recientemente mencionado nivel promedio global de la ciudad. Observemos, sin embargo, que una ciudad viva no puede prescindir de sus áreas fabriles o utilitarias, pues también su presencia en el entorno urbano facilita la existencia del conjunto social. Lo que aquí nos parece importante advertir es la necesidad de legislar, y hacer cumplir a los responsables de estas configuraciones formales deterioradas, con un umbral mínimo de valores estéticos. La posible estética de la máquina, propuesta por el movimiento moderno para estos lugares, debe sostenerse e instrumentarse. Evidentemente, en países que atraviesan largos periodos de deterioro económico que conducen a incrementar el desempleo por el frecuente cierre de fábricas, cuyos edificios se abandonan y vandalizan, pedir, o soñar, que se cumpla una legislación que regule un umbral mínimo de decoro urbano, parece una frivolidad desubicada. Pero el deseo por la belleza nunca es frívolo.

Y la decadencia visual de un sector urbano nos disminuye a todos. Mantener umbrales mínimos de eficacia estético- formal es un requisito de **ecología urbana** que incide, de un modo directo, en la **ecología social**. Por otra parte, en este artículo estamos éticamente obligados a plantear estos temas y problemas, convocados por el intrínseco rigor analítico sobre los modos de ver y usar las formas urbanas, para poder plantear estrategias de crecimiento y mejoras. Recalquemos nuevamente que, si todos los sectores de la ciudad pudieran presentar calidades espaciales superiores a la mediocridad, evitando poseer núcleos urbanos de calidad baja, y muy baja, donde la vida es intolerable, el conjunto social que habita tal ciudad podría alcanzar un promedio de calidad de vida alto, o muy alto, y la ciudad atraería turismo e inversiones. La belleza, siempre, es un buen negocio.

La calidad espacial de las formas urbanas

Procederemos ahora a profundizar con mayor detalle en los modos de instrumentar la producción de nuestra deseada y necesaria **cartografía de calidades espaciales urbanas**. Ya hemos señalado que este gráfico de distribución de calidades espaciales opera como paso previo antes de pretender establecer con rigor estrategias proyectuales de renovación o transformación urbanas. Los pasos analíticos previos a la confección de esta cartografía de calidades espaciales urbanas, consisten, a grandes rasgos, en sucesivas aproximaciones a la realidad física del significativo urbano, para poder comprender la lógica inherente a los rasgos configurativos que, luego, sostendrán los diversos modos de habitar, explicitados en la distribución y solapamiento de las ya mencionadas tipologías semánticas, que aluden a los usos y costumbres humanas.

Dentro de la tradición analítica de la cátedra de morfología urbana en la que operamos, el análisis suele comenzar estableciendo un recorte urbano pedagógicamente interesante, por sus diversidades de usos y configuraciones, así como por sus problemáticas no resueltas. Las ciudades latinoamericanas, según lo señalamos, están protagonizadas por un trazado de calles y avenida en damero, que determinan la configuración protagónica de las

tradicionales manzanas cuadradas o rectangulares. Pero ya advertimos que el tejido basado en una omnipresente retícula ideal e infinita, se contradice con rotaciones, dando como consecuencia disposiciones en diagonal, y sectores con trazados curvilíneos complejos. El resultado es una heterogeneidad manifiesta en las siluetas de las manzanas, entendidas conceptualmente como **componentes urbanos**. Una tarea clásica de análisis es, entonces, establecer una taxonomía de las diversas configuraciones que aparecen en el recorte elegido. Los resultados exponen manzanas cuadradas, rectangulares, trapezoidales, triangulares, quebradas con perfiles diagonales, y algunas de bordes curvos, sinuosos y mixtos, con laterales ortogonales, oblicuos y curvos. Esta riqueza visual de las configuraciones del borde de las manzanas determina inexorablemente la heterogeneidad de los lotes individuales, donde se asientan las formas arquitectónicas habitables. El lote típico de los ideales urbanos de la conquista española en Buenos Aires, es un rectángulo de profundidad variable, y un ancho establecido originalmente en 10 varas, que hoy representan 8.66 m. Pero, evidentemente, hay lotes de esquina que presentan otros tamaños y formas. Asimismo, debido a los trazados en diagonal, hay lotes rectangulares perpendiculares a la calle, y otros, en cambio, trapezoidales, cuyas fachadas muestran una interesante tensión dialéctica entre lo ortogonal y lo oblicuo. Obviamente, en las calles curvas los lotes también tienden a ser figuras trapezoidales de laterales radiales. Lo interesante de esta heterogeneidad configurativa es su incidencia directa en los ritmos visuales que el loteo determina. Ritmos sosegados o eufóricos. Ritmos que también inciden como indicador sintáctico de las calidades espaciales. Observemos ya que, así como los trazados dislocados en su colisión frecuente determinan diversas configuraciones en el perfil de las manzanas, lo mismo sucede en los cruces entre dos o más arterias de circulación, ya sean calles o avenidas. Proponemos entonces efectuar una taxonomía de los distintos tipos de cruces, evaluando críticamente sus rasgos en la incidencia que tienen para favorecer el encuentro social, determinado por la pregnancia visual de las encrucijadas espaciales.

Asimismo, la taxonomía de los tipos de cruces entre dos o más arterias incide en revelar el modo en que los arquitectos han resuelto sus edificios ubicados sobre las ochavas. Y de allí emerge una taxonomía de las ochavas urbanas, y los diversos modos de responder a un mismo tipo de cruce. Interesa, entonces, evaluar críticamente cuáles son las soluciones formales propuestas para configurar el borde edilicio de las ochavas que determina el incremento de la calidad espacial necesaria para favorecer los encuentros sociales solidarios, y contribuir, así, a una convivencia más armónica. En el mismo sendero crítico, también interesa establecer el comportamiento visual, y gráfico, de los relieves formales establecidos por los distintos modos de trabajar las fachadas, en relación con la abstracta línea recta municipal, que deslinda la vereda pública del lote privado. Observemos que no siempre la fachada se apoya homogéneamente sobre la línea municipal, y su pisada en el borde de la vereda. A veces los códigos, o las personas, deciden poner o imponer retrocesos mediados por posibles jardines o recovas. Ello incide, evidentemente, en la calidad espacial urbana desde un punto de vista sintáctico. El recurso de proponer una secuencia de recovas, por ejemplo, brinda la posibilidad de establecer un gratificante paseo recorriendo atractivos locales comerciales, protegidos del sol o la lluvia. Observemos, también, que la calidad es-

pacial de calles y avenidas depende de la presencia o ausencia de algunos requisitos fundamentales, tanto sintácticos, como semánticos. Es evidente que la proporción relativa entre el ancho de las arterias, y la altura de las fachadas que ayudan a configurarlas, así como su dinámico ritmo, contribuyen de un modo decisivo a la calidad espacial, haciendo atractivo su recorrido. La **medición** de la calidad espacial urbana sobre estos paseos organizados en calles y avenidas, debería tener, también, una lógica secuencial, estableciendo la calidad relativa de las diversas etapas episódicas, y buscando, luego, la calidad espacial promedio del paseo. Un caso de análisis que instala debates provechosos, es el que ofrecen los entornos urbanos protagonizados por calles curvas y relativamente estrechas, bordeadas por viviendas de baja altura, precedidas por floridos jardines. Revisemos estas situaciones, advirtiendo que las calles curvas proponen emociones contradictorias. En efecto, una calle curva, al igual que un pasillo curvo, ofrece la construcción mental de una expectativa de descubrimiento, instalando el deseo por avanzar, para descubrir cómo sigue la narración espacial. Pero, a veces, tras la curva hay monstruos, por lo menos, en las películas de terror. Esta observación no es caprichosa. Está instalado en el imaginario colectivo que detrás de las curvas, o en los recodos, se pueden ocultar amenazas. A veces, está amenaza subyacente en el inconsciente profundo, tiende a desalentar el recorrido, y buscar elegir un sendero recto, aburrido pero seguro, que nos permita vislumbrar un final explícito y lejano. Otras veces, en cambio, esta excitación eufórica por desocultar lo oculto se sobrepone al temor primigenio, y favorece el deseo y la preferencia por los caminos sinuosos, que presentan ritmos cambiantes, y una secuencia de visuales que intercalan intencionadas repeticiones, con sorpresas o acontecimientos espaciales agradables. Un rápido vistazo al costo económico de los lotes ubicados sobre calles curvas y arboladas indicará que, por su alto precio, deben ser muy deseables o atractivos. Tampoco es demasiado extraño que los diseñadores de barrios cerrados o *countries* prefieran proponer trazados sinuosos para sus loteos complejos y trapezoidales, ya que es evidente que los grupos sociales a los que estas propuestas se dirigen, los prefieren estadísticamente. Las razones de estas particulares preferencias por lo sinuoso tienen muy diversos orígenes, algunos evidentemente emocionales, no racionales, pero decisivos para orientar las elecciones existenciales. El mito tan difundido que propone un provechoso y necesario retorno a la naturaleza, a la que los humanos deliberadamente hemos transformado, se corresponden en el imaginario colectivo con las configuraciones orgánicas, vivas, básicamente curvas o redondeadas. El retorno a lo curvo y sinuoso, entonces, es el modo de volver a esa naturaleza dionisiaca, erótica, sensual, que el mundo artificial, de carácter apolíneo y cuadriculado, parece habernos mutilado. La clásica dialéctica entre la espiritualizada abstracción, y la sensual organicidad, ha incidido en el mundo del arte y del diseño, de un modo pendular, a lo largo de toda la historia humana. Un profundo autor, como Ranuccio Bianchi Bandinelli, en su célebre texto *Organicidad y Abstracción*, evalúa críticamente los escritos del obsesivo pintor abstracto Piet Mondrian, reconocido por sus múltiples cuadros con trazados ortogonales que fragmentan el espacio pictórico en cuadrados y rectángulos áureos, deslindados por intensos colores primarios. El propósito manifiesto de Mondrian era el de huir de un mundo caótico y doloroso, refugiándose en un universo espiritualizado, cifrado en las esencias de lo pictórico, en el orden, la línea, el color, y el plano. Pone por escrito que, deliberadamente, se niega a incorporar

líneas curvas o sinuosas en sus pinturas, por el exceso de **lascivia** que emana de ellas. Recordemos que el término **lascivia**, alude a la propensión desenfrenada hacia los placeres sexuales y se vincula con el concepto de lujuria. Evidentemente, la lascivia pertenece al enfoque dionisiaco. También Marta Zatonyi supo explicarnos que la palabra curva, en la mayoría de los idiomas eslavos, significa prostituta, pues alude al sexo descarado, lo que redundaba en evitar su uso por aquellos miembros del movimiento moderno forjados en los prejuicios religiosos del protestantismo. Afortunadamente ya hace rato que las curvas han vuelto con intensidad a las pantallas de diseño, pues las personas parecen necesitar un retorno psicológico a los placeres sensuales. Como ya dijimos, nunca un dibujo es inocente. Y toda línea, en su recorrido, construye y sostiene connotados simbólico- metafóricos básicos. Hagamos hincapié en recordar que, en el arte y el diseño, el recurso de emplear diagonales siempre alude al movimiento, al cambio, a la rebelión contra lo dado y ordenado. Precisamente el orden conquistador está magníficamente representado por la retícula ortogonal, y su ruptura o dislocación, como en Alvar Aalto y Peter Eisenman, alude a la liberación del dogma esclerosado. El ansiado retorno a las curvas y a las diagonales, entonces, se debe comprender como ese profundo deseo por reconciliarnos con nuestra naturaleza animal, domesticada y sometida por la excesiva espiritualización metafísica, que destruye al ser humano concreto en función de un inalcanzable ser humano abstracto. Estos comentarios, evidentemente, se dirigen a revelar que, detrás de los trazados dislocados, no solo hay razones pragmáticas, de adecuación topográfica, sino también, un deseo de ruptura de enfoques. Y aunque en esas razones topográficas protagónicas se sostenga la dislocación, lo cierto es que su resultado visual en la configuración del hábitat produce esas diagonales y curvas que excitan la mirada, y determinan un estado anímico de euforia positiva, que incide en la calidad espacial urbana, constituyéndose en un fuerte indicador sintáctico para medir la misma.

Otro tema fundamental en el análisis sintáctico del recorte urbano elegido es el de sus densidades físicas, ya sean horizontales o de superficie, o verticales y volumétricas. Vemos así que hay manzanas de edificios bajos, pero que saturan toda la superficie, mientras que otras presentan una gran porosidad, pues la densidad se concentra en altos edificios que ocupan muy poco territorio de pisada. Entre lo compacto y lo poroso, la concentración y la dispersión, la **ciudad se expresa en sus modos de habitar**, y estas categorías también sirven como indicadores de la calidad espacial urbana. Aquí parece pertinente recordar que existe un fuerte contraste entre las ideas que configuraron las ciudades tradicionales, y las ideas renovadoras, emergentes del movimiento moderno, y su crítica a esas tradiciones habitacionales. Apoyados en Colin Rowe, recordemos que la ciudad tradicional, desde Hipodamos de Mileto hasta ahora, se basa en calles y avenidas configuradas por la sucesión de fachadas continuas y coplanares.

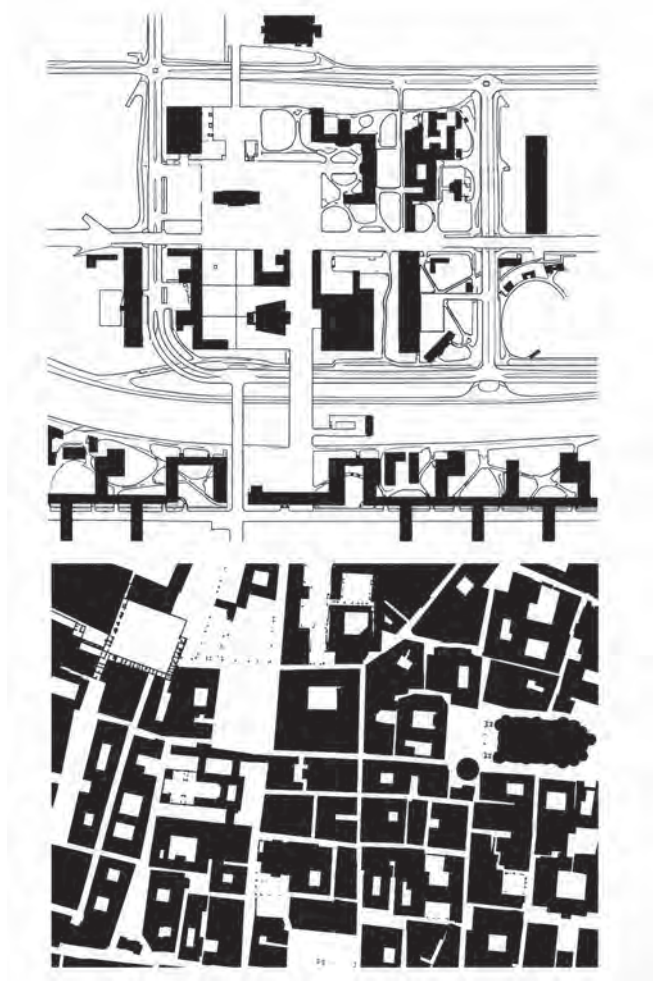


Figura 2. Ciudad tradicional y ciudad moderna
Colin Rowe (1981, pp. 66-67)

Estas arterias se leen, así, como intersticios espaciales reticulados entre grandes masas compactas. El movimiento moderno, con Le Corbusier a la cabeza, propone, en cambio, concentrar la densidad habitacional en altos y compactos volúmenes aislados, distribuidos de modo distante, para asegurar un mejor asoleamiento y ventilación de todas las fachadas, liberando las superficies territoriales para parquizarlas con vegetación, y destinarlas

a actividades recreativas. El resultado de este fervoroso intento por mejorar la calidad espacial urbana fue la paradójica destrucción de los ancestrales valores de la ciudad tradicional. Recordemos que, luego de la invasión de estos edificios autónomos, rodeados por inhóspitos territorios barridos por el viento, sumado al incremento en la tasa de suicidios por falta de conexión social, los intelectuales de la feroz crítica al movimiento moderno, conocida como periodo posmoderno, propiciaron con muy sólidos argumentos un renovado y anhelado retorno a las lógicas inherentes a la ciudad tradicional, rescatando los valores sociales de las calles configuradas como lugares de encuentro, con sus amables esquinas pobladas por restaurantes y cafés. Los conjuntos habitacionales del período posmoderno ya no fueron torres aisladas, sino bloques horizontales como cintas, que configuraban claustros o patios definidos y controlados. En Buenos Aires, nuestros maestros, Jorge Erbin y Alberto Varas, propusieron un conjunto famoso, que no llegó a construirse.



Figura 3. Conjunto Torres de Nazca, Erbin, Varas, Lestard, 1982
<https://www.blarqs.com/detail/76/conjunto-de-viviendas-nazca>

Las célebres Torres de Nazca habitaron, por un tiempo, todas las revistas de arquitectura del mundo, y promovieron profundos debates, ya que se convirtieron en un conceptual arquetipo de una propuesta renovadora que sintetizaba las ventajas de la ciudad tradicional y los ideales del movimiento moderno. Básicamente, la propuesta consistía en retomar la manzana tradicional con un borde definido, protagonizado por una exquisita recova perimetral, que protegía la secuencia de locales comerciales a la calle, y favorecía, así, sus ventas, convirtiendo el ejercicio de dar vuelta a la manzana en un paseo arquitectónico

valioso, para vender y comprar, pero, fundamentalmente, para el encuentro social. Este borde urbano definido, configurador de las cuatro calles que lo rodeaban, solo tenía tres pisos, y articulaba así la escala humana de las domésticas viviendas, al impedir la visión próxima, y aplastante, de cuatro torres cilíndricas inmensas, ubicadas estratégicamente detrás de esta agradable pantalla. Las altas torres con viviendas y oficinas, al ser circulares, proponían su condición de entes autónomos, pero, por su disposición simétrica en los vértices de un cuadrado virtual, colaboraban decisivamente en la configuración de un patio central, de tipo claustral, rodeado de galerías. Este patio operaba, obviamente, como el pulmón de la manzana, pero ya no era privado, de uso exclusivo para el anillo de borde y las cuatro torres, sino que era accesible a todos los paseantes, ofreciéndose como una plaza pública engastada en un novedoso recinto urbano. Lamentablemente esta poderosa idea quedó en los debates académicos y profesionales, pero no fue correctamente explotada.



Figura 4. Barrio Centenario, Tony Diaz

Hoy, todavía, se hacen enormes torres exentas en el medio de las manzanas, rodeadas de jardines privados, solo visualmente accesibles a través de represivas rejas, en el mejor de los casos, pues, a veces, altos muros vandalizados ocultan esos jardines a los transeúntes. Y estos atropellos frecuentes a la calidad espacial urbana, así como el desperdicio de valiosas ideas, solo sigue siendo posible por la renovada vigencia de códigos de edificación que legislan desde la miopía, o en función de intereses espurios. Pero la complicidad indolente de muchos de los mejores profesionales en el arte de hacer ciudad, sometidos a las leyes del mercado, acompaña al deterioro del todo, en función del privilegio para una

parte. Y esa actitud contribuye al descenso de la calidad espacial, debilitando, asimismo, el uso democrático de los grupos sociales. Estos comentarios buscan, una vez más, plantear que es desde la universidad y sus debates, donde deberían, en rigor, originarse precisas y racionales lógicas de codificación, que impidan el deterioro, y favorezcan el crecimiento y transformación de una ciudad bella y plena de sentido. Una ciudad para todos, en la que todos participen y puedan ser felices. Una ciudad inclusiva y democrática, solidaria y situada en el contexto mundial.

Profundizando aún en los modos de producir nuestra **cartografía de la calidad espacial urbana**, queremos recordar que la noción de tipologías semánticas, y sus diez tipos distintos, operan como la base para establecer las constelaciones de usos que favorecen el incremento de calidad espacial, y aquellas que tienden a su disminución. Interesará graficar la lógica de distribución y superposición de estos usos, para comprender plenamente cómo opera la ciudad, estableciendo gráficos sobre su organización y estructura sintáctica.

Cumplidas todas estas etapas analíticas, en cada una de las cuales deberíamos poder registrar **indicadores** rigurosos de calidad sintáctica o semántica, parece pertinente proceder a confeccionar una síntesis visual del recorte urbano analizado, explicitando, en los diversos sectores detectados, el gradiente de calidad sintáctico- semántica de cada uno, para poder obtener, como diagnóstico final, un nivel de calidad espacial global promedio.

Evidentemente, como ya lo hemos anunciado, la rigurosa tarea analítica debe servirnos para deslindar los sectores favorecidos con una alta calidad espacial, de aquellos que muestran condiciones habitables riesgosas. Son estos sectores carenciados los destinatarios principales de nuestras estrategias proyectuales para la renovación y transformación urbana, buscando, lógicamente, incrementar la calidad espacial de la parte, para contribuir así al incremento de la calidad espacial del todo.

Sobre los modos de clasificar y representar los diversos indicadores de calidad espacial, ya sean sintácticos o semánticos, así como los niveles promedio, y los niveles globales de cada sector, y luego, del conjunto, consideramos dejar librado al estudiante o al profesional el recurso gráfico que mejor le satisfaga para comunicar con rigor sus conclusiones.

Existen estudiantes que han propuesto la esquematización sencilla de gestos humanos, inspirados en los difundidos emoticones empleados en los celulares, para representar satisfacción, neutralidad, o disgusto. Otros han preferido echar mano de los clásicos círculos fragmentados en diversos porcentajes de superficie, para deslindar entre lo malo y lo muy bueno. Y también hay quienes han recurrido a escalas numéricas, entre el uno y el diez, para calificar el nivel de calidad espacial alcanzado. En todos los casos, conviene saber discriminar entre los niveles alcanzados por los indicadores sintácticos, que, a veces, son diferentes a los alcanzados por los semánticos, buscando luego un lógico criterio para establecer el nivel promedio. Explicitar este criterio es parte del trabajo de investigación.

Nos despedimos enfatizando que la producción gráfica de una **cartografía de las calidades espaciales urbanas** implica el desarrollo de una rigurosa capacidad analítica para poder discernir las profundas relaciones de las formas urbanas y los sentidos que enuncian, estimulando, asimismo, complejas respuestas anímico-conductuales, tensionadas dialécticamente entre el sosiego y la euforia, el deseo y la repulsión, el placer y el fastidio.

Comprender mejor cómo opera la ciudad que habitamos, y sobre la cual intervenimos,

solo puede redundar en un deseable incremento de nuestras capacidades críticas y proyectuales. Luchar día a día para construir una democracia más justa y solidaria mediante las herramientas del proyecto, es la maravillosa tarea que tenemos los arquitectos y diseñadores. Siempre nuestra producción estética estará signada por un enfoque ético.

Este enfoque ético deberá explicitarse, para revisarse y poder profundizarse. Nuestro compromiso ineludible es configurar formas que estimulen experiencias estéticas, plenas de belleza y sentido, para contribuir al bienestar del conjunto social. Repetirnos una y otra vez estos conceptos nos ayudará a evitar traicionarlos.

Referencias bibliográficas

- Aristóteles (1992). *Poética de Aristóteles*. Gredos.
- Capel, H. (2002). *La morfología de las ciudades*. Barcelona: Ediciones del Serbal
- Cravino, A., & Pokropek, J. (2024). *Poética arquitectónica*. Buenos Aires: Nobuko
- Cullen, G. (1981). *El paisaje urbano: Tratado de estética urbanística*. Blume
- Deleuze, G. (2005). *Lógica del sentido*. Paidós.
- Doberti, R. (2008). *Espacialidades*. Ediciones Infinito.
- Eco, U. (1986). *La estructura ausente*. Lumen
- Foucault, M. (1978, enero). *Espacios otros: Utopías y heterotopías*. Carrer de la Ciutat, (1).
- Heidegger, M. (2008). *Hölderlin y la esencia de la poesía*. FCE
- Jakobson, R. (1981). *Ensayos de lingüística General*, Seix Barral
- Jauregui, J. (2011). "Derecho a la belleza" En *Plataforma arquitectura*, 25 de octubre de 2011. <https://www.plataformaurbana.cl/archive/2011/10/25/el-derecho-a-la-belleza/>
- Jauss, H. R. (1986). *Experiencia estética y hermenéutica literaria*, Taurus
- Krier, R. (1975). *El espacio urbano*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Lynch, K. (1974). *La imagen de la ciudad*. Buenos Aires: Infinito.
- Norberg-Schulz, C. (1980). *Existencia, espacio y arquitectura*. Barcelona: Blume.
- Pokropek, J. (2015). *La espacialidad arquitectónica: Introducción a sus lógicas proyectuales para una morfología de las promenades*. Buenos Aires: Nobuko.
- Pokropek, J. (2022). Comentarios sobre una teoría del proyecto poético. *Pensum*, 8(9), 20–36.
- Pokropek, J. (2023a). Las metatipologías espaciales y sus lógicas proyectuales poéticas particulares: *Anales De Investigación En Arquitectura*, 13(2).
- Pokropek, J. (2023b). Hacia una poetización de la Morfología Urbana. *Heterotopías*, 6(12), 1-24.
- Rapoport, A. (1978). *Aspectos humanos de la forma urbana*. Barcelona: Editorial Gustavo Gili.
- Rossi, A. (1971). *La arquitectura de la ciudad*. Barcelona: Gustavo Gili. (Obra original publicada en 1966).
- Rowe, C., & Koetter, F. (1981). *Ciudad Collage*. Barcelona: Gustavo Gili.
- Simmel, G. (1986). Las grandes urbes y la vida del espíritu. En *El individuo y la libertad. Ensayos de crítica de la cultura*. Barcelona: Península.

Abstract: Establishing logics for a cartography of urban spatial quality requires a necessary effort to make explicit a set of arguments that illuminate criteria oriented toward the critical evaluation of existing urban environments. This involves analytical categories that uncover or reveal their defining features, ultimately pursuing the rational configuration of strategies aimed at proposing possible improvements to the given environment, as well as determining design approaches that allow the prefiguration of new environments within explicit formal parameters. These parameters operate as unavoidable requirements to achieve high spatial quality, resulting in the optimization and critical renewal of social practices through the stimulation of more intense and rewarding aesthetic experiences. The goal is to foster the conditions for the desired poetic dwelling envisioned by Heidegger. Such a poetic dwelling would enable urban inhabitants to find the existential requirements for a spiritually profound, socially supportive, and stimulating life, where the values and behaviors of democratic institutions—expressed in the forms of the environment—are positively internalized by individuals, thanks to the laws of empathy between forms and users. As Louis Kahn once said: "...the wall I build builds me." It is therefore necessary to learn how to design a poetic, supportive way of dwelling, full of beauty and meaning.

Keywords: city – urban morphology – urban spatiality – quality of public space

Resumo: Estabelecer lógicas para uma cartografia da qualidade espacial urbana implica um esforço necessário de explicitar uma série ou conjunto de argumentos que permitam iluminar critérios orientados à avaliação crítica dos ambientes urbanos existentes, mediante categorias analíticas que desocultem ou revelem seus traços protagonistas, perseguindo, em seguida, a configuração racional de estratégias voltadas a propor possíveis melhorias no ambiente dado, assim como determinar enfoques projetuais que permitam prefigurar novos ambientes dentro dos, agora, explícitos parâmetros formais que operam como requisitos de presença ineludível para alcançar uma alta qualidade espacial que redunde na otimização e renovação crítica das práticas sociais mediante o estímulo de experiências estéticas mais intensas e gratificantes, buscando, assim, favorecer as condições para o desejado habitar poético, pretendido por Heidegger.

Um desejado habitar poético em que os habitantes dos ambientes urbanos possam encontrar os requisitos existenciais para desenvolver uma vida espiritualmente profunda, socialmente solidária e estimulante, onde os valores e condutas das instituições democráticas, expressos nas formas do ambiente, sejam internalizados positivamente nos indivíduos, graças às leis de empatia entre formas e usuários. Como dizia Louis Kahn: "...o muro que construiu me constrói."

É necessário, então, saber projetar um habitar poético, solidário, pleno de beleza e sentido.

Palavras-chave: cidade – morfologia urbana – espacialidade urbana – qualidade do espaço público

Jorge Pokropek: Doctor en Arquitectura, FADU-UBA; especialista y magister en Lógica y Técnica de la Forma, FADU-UBA; cursó la Maestría en Diseño Arquitectónico y Urbano, FADU-UBA; realizó un Postgrado de Planificación Urbana y Territorial e Investigación en pueblos en vías de desarrollo; participante de los Talleres Poiesis entre 1992 y 1997; arquitecto y artista visual. Profesor regular de la FADU-UBA, y de posgrados de la UNLP, de la Universidad de Palermo y de la UMSA de Bolivia. Profesor invitado de universidades de México, Colombia, Perú, Bolivia, Ecuador y Uruguay. Publicaciones recientes en: <https://www.researchgate.net/scientific-contributions/Jorge-Pokropek-2183851593>. Titular del estudio de Arquitectura: Jorge Pokropek y Asociados <https://www.instagram.com/pokropek.arq/>